

uno de los académicos, como hombres de ciencia y, sobre todo, como mexicanos, servirán a la Patria, como ella lo necesite y donde ella lo reclame.

●

**Discurso del
Presidente saliente, Dr. Manuel Martínez Báez ***

Acaso bastaría en esta ceremonia inicial del nuevo año académico de labores, el informe pormenorizado que ustedes acaban de escuchar de nuestro Secretario Perpetuo, en el que da cuenta de las actividades de nuestra corporación durante el año pasado, y que, en cierta forma, marca puntos de partida para los rumbos que nuestra Academia ha de seguir en el nuevo año que hoy se inicia aquí; pero el Reglamento de nuestra Academia dispone que el Presidente saliente diga un discurso en esta ceremonia; y tengo la obligación de cumplir con el deber que se me impone. No haré un discurso, debido a que no tengo facultades para ello, y por la circunstancias de que hace unas horas he terminado un viaje, en el desempeño de una comisión oficial; pero trataré de cumplir con un doble deber: el que me impone el Reglamento y el otro que para mí es todavía más importante: el que me obliga a presentar a la Academia mi profundo agradecimiento por la inmerecida distinción que me hizo al elegirme su Presidente. Un honor tan grande como el que se me ha concedido, siempre obliga a la gratitud, aun cuando quien lo reciba merezca esa distinción, y más se debe agradecer cuando tal honor es inmerecido. Al mismo tiempo que mi gratitud profunda, quiero presentar a la Academia mis excusas por las numerosas y quizá serias deficiencias que tuve en mi actuación.

Siento que pesa sobre mí otro deber, el que cumplo con satisfacción grande; el de saludar al señor Secretario de Educación Pública y al señor Secretario General del Departamento de Salubridad, quienes con su presencia dan realce a esta ceremonia. Me interesa hacer notar cuánto estimamos la presencia del señor

* Dicho en la sesión solemne del 10. de octubre de 1942. (Notas taquigráficas.)

Secretario de Educación Pública, porque no es frecuente que obtengamos de un funcionario de su categoría que deje sus labores oficiales, siempre arduas y numerosas, para asistir a un acto cultural como éste. Alguna vez hemos lamentado que nuestros funcionarios no encuentren tiempo para acompañarnos, para alentarnos con su presencia en nuestras tareas científicas que, cualesquiera que ellas sean, se inspiran en el propósito de servir a la colectividad mexicana y, en cierto modo, por muy modesto que sea, a la humanidad. Ahora disfrutamos la satisfacción de que esté con nosotros el jefe de nuestra educación pública; por eso quiero hacerle presente mi gratitud que, estoy seguro, es la de toda la Academia.

La disposición reglamentaria que manda que el Presidente de la Academia diga unas palabras en esta ceremonia, ciertamente tiene una razón de ser, aun cuando, como decía en un principio, parece a primera vista que bastaría con el informe que el señor Secretario Perpetuo rinde, sobre todo, cuando ese informe es tan minucioso y exacto como el que escuchamos del Dr. Pruneda. La idea de la Comisión que formó el proyecto de Reglamento, y la de la Academia que lo aprobó, ha sido, seguramente, la de que en esta ceremonia inicial, cuando vamos a comenzar las labores del nuevo año académico, se haga un comentario de algunos de los sucesos más salientes acaecidos en el curso del año anterior; y no ciertamente porque los señores académicos necesiten de comentarios para comprender cuáles son esos hechos importantes, pues tienen inteligencia suficiente para hacer ellos mismos ese comentario; sino porque tales comentarios pueden ser como una declaración, como si al hacerlos se marcara un rumbo para continuar la vida de la Academia, siempre en superación.

Yo quiero señalar alguno de estos hechos. Quiero recordar a los señores académicos algo que en otra ocasión me he permitido informarles: la Fundación "Tomás Ortiz de Parada", que hasta ahora no ha podido cumplir sus fines, por diversas vicisitudes, y que llegó a ver tan mermados sus fondos que la Beneficencia Privada dispuso que desapareciera, y sólo por gestiones de un Presidente de la Academia, el señor Dr. Chávez, se logró que no se declarara extinta esta Fundación, dándole la oportunidad de seguir luchando a fin de que la generosa idea del Dr. Ortiz de Parada

podiera realizarse. Por fortuna, en el año que acaba de pasar dicha Fundación empezó a realizar gestiones que seguramente, dentro de poco, conducirán a que la propia Fundación pueda disfrutar de los fondos del Dr. Ortiz Parada y se pueda llevar a cabo la idea de su donador, o sea la de ofrecer premios para algunos trabajos científicos, en relación con las ciencias médicas de nuestro país.

Tengo la pena de decir que, como acaban ustedes de oír de labios del Dr. Pruneda, no ha sido posible mejorar nuestra Biblioteca, en virtud de circunstancias meramente accidentales que nos lo impidieron, a pesar de nuestra buena voluntad y de la del señor Secretario de Asistencia Pública, nuestro compañero de Academia, quien de manera generosa había ofrecido ayudarnos; pero confío en que, como decía el Dr. Pruneda, atendiendo a la circunstancia feliz de que un académico, el Dr. Argil, es el actual Director de la Facultad de Medicina, se subsanarán dificultades y la Biblioteca podrá estar en condiciones de prestar mejores servicios, no sólo a los señores académicos, sino al Cuerpo Médico de la Capital, a los estudiantes de la Facultad de Medicina, y a las demás personas que se interesen en consultar las obras de la Biblioteca.

Quiero hacer notar, también, que ha sido nuestro propósito aumentar los contactos de la Academia con el Cuerpo Médico del país y con el Cuerpo Médico del mundo, pero particularmente con el de las naciones latinoamericanas. Queríamos que con mayor razón pueda la Academia llamarse Nacional, y que en ella estuvieran representados no solamente los médicos de la capital sino los de todas las regiones del país, pero las dificultades para lograr esto han sido verdaderamente grandes, y solamente dos miembros correspondientes nacionales han ingresado nuevamente. En cambio, hemos tenido la satisfacción de que personalidades eminentes de algunos países americanos hayan venido a formar parte de la Academia, como miembros correspondientes, con la para mí feliz circunstancia de que he podido disfrutar del privilegio de entregar sus diplomas, personalmente, a distinguidas personalidades, tales como el Dr. Del Río Hortega, eminente maestro de la Histología española, quien actualmente continúa su obra en la ciudad de Buenos Aires, en un modesto laboratorio, tratando de olvidar la tragedia en que se debate su patria. Continúa su labor

con serenidad, laboriosidad y empeño, que nos hacen recordar la actitud de otros sabios españoles, tal de aquel Fray Luis del "Decíamos ayer..." Así el maestro Del Río Hortega, como si nada hubiera pasado, continúa sus trabajos, que en breve podremos apreciar gracias a la publicación de una Revista, donde verán la luz sus recientes estudios y los de sus colaboradores. Asimismo, entregué al Dr. Alfredo Sordelli, en el grandioso Instituto Bacteriológico Nacional de Buenos Aires, que dirige, el diploma que lo acredita como miembro correspondiente de nuestra Academia. En sesión especial que celebró la Academia de Medicina de Río Janeiro, para recibir a los Delegados a la Undécima Conferencia Sanitaria Panamericana, tuve la satisfacción de entregar su diploma al Dr. Joao de Barros Barreto. Todas las personas que recibieron sus diplomas manifestaron gran satisfacción por el honor que se les confirió, y me encargaron transmitir a la Academia la expresión de su agradecimiento muy profundo y su propósito de contribuir enviando trabajos que serán leídos aquí y publicados en nuestra "Gaceta Médica". Esta actividad de la Academia, consistente en estrechar los lazos de amistad con los países hermanos, es indudablemente de gran trascendencia, sobre todo en estos momentos.

Hace unas horas que he terminado mi viaje, y vengo bajo la impresión muy agradable, que por cierto no he adquirido ahora sino que simplemente ha sido refrendada, de la enorme estimación y de la sincera simpatía que se tiene para México en los países latinoamericanos. En todas partes encontré gran interés y simpatía por nuestro país, tanto en corporaciones científicas como en el trato individual con distintas personas. En muchas formas pude apreciar que se quiere y se estima a México. Las manifestaciones son a veces verdaderamente conmovedoras, como las que tuve ocasión de presenciar en Río de Janeiro el pasado 16 de septiembre; y es que México, indiscutiblemente, tiene una posición muy relevante en el Continente, porque es un país que ha sufrido y ha tenido el vigor necesario para realizar un cambio profundo, y porque con hechos y con su sangre ha demostrado hondamente su amor a la libertad; por eso creo que tiene ese afecto y respeto de todas las naciones del Continente. Nosotros, como mexicanos, estamos obligados a corresponder a estas manifestaciones de afecto.

to y simpatía; y por eso considero que ha sido oportuna esta actitud de la Academia para estrechar sus contactos con los países hermanos.

Entre los hechos más importantes que han acaecido durante el año académico que acaba de terminar, ninguno de mayor trascendencia que el que ha mencionado el señor Secretario Perpetuo: la situación de guerra en que nos encontramos. A raíz de que el Gobierno de México declaró rotas sus relaciones diplomáticas con los países del Eje, en la primera sesión que la Academia celebró después de la fecha en que aconteció el suceso a que me he referido, nuestra corporación se unió, como lo ha dicho ya el señor Secretario Perpetuo, al señor Presidente de la República, por medio de una comunicación, poniéndose a sus órdenes como Instituto científico, e individualmente los miembros de la Academia. Nuestra corporación ha cumplido su deber de Academia Nacional de Medicina de México, al ponerse al servicio de la Nación, en estos momentos en que cualquier Academia de Medicina o Institución científica del mundo debe luchar, cuando se ven amenazadas las libertades más elementales, a fin de que la labor científica pueda desarrollarse, y haya libertad de pensar, de emitir opiniones, de investigar sin imposiciones. Fué grande mi satisfacción al ver el entusiasmo en el Brasil, en relación con nuestro movimiento para defender la libertad. La Academia de Medicina de Río de Janeiro, en su sesión solemne dedicada a la Undécima Conferencia Sanitaria Panamericana, por boca de su Presidente y de algunos oradores, declaró que está hondamente preocupada por la situación actual. Así, pues, la Academia Nacional de Medicina ha cumplido su deber fundamental en relación con la situación que impera; y estoy seguro de que seguirá cumpliéndolo, cualesquiera que sean las circunstancias que puedan presentarse.

Nuestra Academia está en una época de progreso; y hay una circunstancia que es muy importante y que nos da la seguridad de que así habrá de continuar: la de que ha tenido el tino de elegir como Presidente, para el período que hoy se inicia, al Dr. Daniel Gurría Urgell. Por sus relevantes cualidades, el Dr. Gurría Urgell es muy digno de ser el Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México. Es, esencialmente, un hombre bueno; y esto es de la más considerable importancia para ser académico y para ser

cualquier cosa, digna y limpiamente. Yo creo que lo esencial y más importante es ser un hombre bueno; y el Dr. Gurría Urgell es leal consigo mismo y con los demás: franco, sin doblez, enérgico, sincero, que no ajusta nunca su pensamiento a las conveniencias del momento, sino a las convicciones que nacen de la meditación acerca de las cosas, de las ideas y de los conceptos; hombre que no limita sus conocimientos a los de la profesión que ejerce, sino que tiene una cultura vasta, curiosidad por todo lo que es interesante, y no la simple curiosidad frívola de un mero espectador, sino que tiende a ampliar su cultura y sus conocimientos por medio del estudio; sensible a todo lo bello, lo cual se manifiesta entre otras cosas, especialmente, en su estilo literario que todos admiramos por su pulcritud y brillo. Es estudioso y competente, y las observaciones médicas que hace en su práctica profesional no son simple rutina, sino un repasar constante, un investigar para acercarse más cada vez a la verdad. Ha sido también un maestro distinguido de la Facultad, por largos años. Ha sido hombre que sabe transmitir sus conocimientos. Sobre todo, es eminentemente humano, y supo ser, al mismo tiempo, amigo de los alumnos y maestro. Por todas las cualidades que he señalado, y por lo mucho que me callo y que no podría expresar debidamente, el mejor signo de que la Academia está progresando, después de lo que ha leído el señor Secretario Perpetuo, es el hecho de que la presidencia de esta corporación queda en las manos del Dr. Gurría Urgell.

Discurso del Dr. Daniel Gurría Urgell, Presidente de la Academia en el bienio 1942-1944 *

Al Gobierno de la República, al Titular de la Secretaría de Educación, al Jefe del Departamento de Salubridad que imparten ayuda a esta Academia, el homenaje de ella; a los señores académicos gratitud y admiración y de modo extraordinario a su esclarecido presidente Manuel Martínez Báez.—Sea para el Dr. Pruneda, Secretario Perpetuo, este disanto, gala de sí mismo en su obra, almo propósito en el mañana, en el ahora y en el ayer.

* Leído en la sesión solemne del 1° de octubre de 1942.

Me inquieta la discordancia entre mi encargo y yo. Con una biografía sin fechas, vacua entre dos paréntesis: natalicio y fene- cer, me siento en vilo y memoro prendas que lucieron en ocasiones repetidas los presidentes que ví: frecuencia en el trabajo, verbo fácil, idea pronta, ánimo sereno y atención alerta; una camándula de brillos.

En lo que vengo a ser ahora por yerro electoral, me conforta una idea de tantas como lucieron en la oratoria de Manuel Martínez Báez. La redoblo sin mejor substancia. Este encargo no confiere preeminencia, el presidente de esta Academia ni es jerarca ni es guión, ella es un total concorde en el rumbo y en la maniobra. Aquí los hombres emergen de las tareas del conocer y valen por sus intelecciones los que hallaron una hebra de luz, los penitentes de engaño y los de duda confesos, los infieles a la revelación, en fin, todos aquellos de los que dijo Frazer: "habituados a la hidra del error, tan hondamente, que al cercenar una de las cabezas del monstruo, saben muy bien que la misma u otra pueden brotar de nuevo".

Las puertas de esta Academia estremecieron su batiente cerrándose a todo lo ajeno a la verdad científica, a toda resonancia en las oquedades del acepto popular, a todo retintin de monedas y a toda plusvalía autoparlante. La rueda de la fortuna se hizo astillas en su primer escalón.

Faltan en ella algunos de los grandes valores médicos de la patria, no por contractura de nuestro espíritu, sí por limitantes tradicionales que a duras flexiona el tiempo y asimismo porque hay coeficientes de dilatación personal que no se avienen con las disciplinas de grupo, ni toleran los embates que sufren las ideas cuando se cruzan de palabras en la arena de las doctrinas.

Por las anchuras de la investigación esta Academia va ciñéndose al patrimonio aristotélico y al legado claudiobernardista, pero tiene casta en la arteria cuando convergen las puntas de su escudriño en la patopoesis nuestra, cuando ataja el minuterero en la carátula anacrónica, cuando por su hijuela de solar español, corre en verbo hijodalgo de Castilla su telegrama de verdad hacia otros mundos y cuando su jadeo, innúmeras veces vano a su fogón se arrima y en su hogar se desvela.

Sé bien que nuestro idioma no es de ciencia, así o con mejor palabra lo dijo aquel navarro que entró en la gloria sin arreo de

epítetos, con el nombre desnudo de Santiago Ramón y Cajal. No es lenguaje de ciencia, pero ha de serlo por España y por la voz de su sangre aquí.

Pertenezco a una generación que está dejando la vida y que dejó las aulas cuando había periclitado el episodio fundamentalmente clínico de pedagogía médica, sintiendo “cómo se agarra el presente a los pies del futuro para no dejarlo marchar sin él al porvenir” (frase de Juan Ramón Jiménez). Lo existente entonces como doctrina y norma de enseñanza, con el advenir de la bacteriología y de la anatomía patológica dilató los términos, pero en aquel segundo del acontecer, el médico cirujano partero aún no se desintegraba y los hombres de la Academia se entendían con un solo decir.

Desarrollándose la química, la biología y con ellas la fisiología, agrietaron el mundo antiguo desde aquellos epifocos, el pensamiento radió en vocaciones múltiples y el genio del idioma fué enunciando con neológicas urgencias inéditos conceptos; el vocablo se hizo más nítido, más puntiforme, toda vez menos lato y en este divergir de tan varios rumbos, la rosa náutica del habla es una flor de Babel que sólo abre su enigma a los que van por la misma derrota.

Entre dos crepúsculos de siglos, Fernando Zárrega se exterioriza en la medicina de nuestro país como el último atleta del enciclopedismo y mucho más acá en la cuenta de los días un extraordinario de esta Academia, Eliseo Ramírez, cuya es la obra de más envergadura si no de más enjundia que ha producido el genio médico mexicano, abarcó, facultose en letras, con su libro de patología general todas las doctrinas abriendo su compás de sabio de horizonte a horizonte. Eliseo Ramírez, todo lúcido y todo soberbio, es en el epílogo de la enciclopedia un atlante en un ex-libris.

Las ideas generales movilizan ingentes masas de hechos y anudan atención con atención a tanto por hombre que las comprende y ellas adquieren mejor entidad si se acomodan al interés humano de vivir. Lo particular no es valor científico si no encuentra su ley. La especialización viene incoando un esoterismo prepósteros si es condición de la ciencia su verdad en luz y en acto. Los grupos específicos en que esta Academia se fragmenta dan temas electivos que a fortiori se clavan en la sección peculiar y la asistencia

desvía la actitud vigilante de su intelecto por fracaso de la semántica. He aquí una resultante ineludible del yo absorto en lo propio y distante de lo ajeno por mor de la diferenciación evolutiva, he ahí turbada a la conciencia como síntesis cuando la unidad pierde centripetismo y abre las tangentes a lo múltiple. Pero, ¿qué es lo propio y lo ajeno en medicina para nosotros médicos? Lo propio, las minucias de técnica, los conceptos singulares de los consanguíneos de una actividad; la parcela con toponimia, dialecto y si se quiere idioloatría. Lo ajeno, esas minucias en otro remolino. Ya en el multiverso cada círculo al girar penetra y consigo mismo habla, entonces, la relación inversa entre lo extenso y la hondura desfibra el escolio que desde afuera presume; las síntesis mismas en la especialización con particulares se integran.

El nominalismo anatematizado por la iglesia, y ¡cómo no!, “re-husa toda realidad a las ideas universales... solamente los individuos la tienen... las ideas universales no son, pues, otra cosa que nombres, sonidos de la voz (nomina flatus vocis)”. Si esto con la razón se conforma las clasificaciones en especies y géneros son verbalismos, pero verbalismos de tan cruda realidad, que su energía fonética nos salva o nos condena. Este recurso es una verdad a lo Protágoras, a lo humanista, a lo pragmático, una verdad instrumental y lo es en grandeza tanta, que sin ella no podemos vivir. A nosotros no nos importa la razón sino la vida.

Ya se ha reconocido que la búsqueda desinteresada de la verdad es un mirriado infundio. No hay idea intensa que no esté empapada en sangre humana, que no sea palpitación y descarga emocional. Encontrar lo uno en lo múltiple no fué alarde socrático o platónico; la teoría del concepto es el desiderátum de la clasificación, es el punto extremo donde la energía afectiva y la potencia intelectual se conjuntan frente al dilema terrible: o se convierte el caos en cosmos o se es víctima del caos.

Se ha dicho (James) que “sólo podemos hablar de modo estable y consistente cuando tanto en el lenguaje como en el pensamiento tratamos con géneros” y “que todas nuestras verdades lleguen a ser construcciones verbales que se almacenan y ponen a disposición de todo el mundo” (James). “Ninguna especialidad que toque la clínica puede sostenerse por sí misma y sin embargo el mundo médico está cayendo en un nominalismo de facto que disyunta el

microcosmos que es la Academia y lo disyunta pese a la lengua madre de la biología, de la química y de la anatomía, y aquí donde se suponen manifiestos los valores máspreciados, el comentario languidece al concentrar sus fuegos el debate porque los tecnicismos especiales trasponen la interpretación inmediata de la cosa significada. Estos reductos se ensanchan en otras academias singulares en las que labran hombres en calidad de conspicuos y en opulenta cifra. Toda laya de médicos que “cultiva su jardín”, importa como un amplificador potente de nuestras secciones y por concomitancia nosotros representamos parvos lotes de ellas. Ya expresó Darwin que “cada paso en la evolución, donde quiera que exista, conduce a cada especie hacia adelante del tronco primitivo y que estos pasos nunca retroceden”. Si atentos a este suceder, las academias, con prudente ritmo propulsan número y raza de factores, no tendrán en lo porvenir función conjunta sino la de congresos de medicina operando sin tregua. De no venir a esto, el alma parens de ellas como representativas del saber médico en un todo compacto pervivirá a modo de un fenómeno puramente intelectual: “hay que esforzarse por vivir al paso de la vida—ha dicho Alfonso Reyes—hay que revolucionar hasta para ser conservador porque las cosas tienden a degenerar de su esencia”, y tengo para mí, si no ando a tuerzas con el sentido, que necesitamos más hombres, más dinero, más tribuna, más aire, más superficie de contacto, más movimiento. Si el mundo se ensancha ante nosotros con pormenores de experiencia, llenemos de genitivos de ideas ese mundo, a las instituciones humanas el tiempo si no las empuja las desbarata.

¿Es la mía una actitud escéptica? Lo es sin duda como un an-tever condicional, no obstante en mi visión de lo posible no involucro a la ciencia médica pura, que “no hay, dijo Claudio Bernard, medicina ni fisiología distintas, no hay más que una ciencia de la vida y no existen más que fenómenos vitales que tratamos de explicar tanto en estado patológico como en estado fisiológico”. La ciencia médica pura siempre hallará su Spengler para circunscribir en generalizaciones fecundas por verdaderas, este mundo nuestro que desde el amanecer de la conciencia pelea con la vejez en marcha, con el dolor apenas entontecido con la droga y acepta como único grande ante la muerte al fuego de la especie que por el haz de la tierra toda la vida enciende. Es que la ciencia no pide la

victoria sino la libertad, el solo mito por el que vale la pena de morir. Contraste recio con los iluminados que conciben a priori fórmulas de bienestar a las que han de ajustarse los hechos a la voz de mando de sus quimeras y los sofismas heréticos rectificarse en los cadalsos o en los infiernos. Giordano deslindó con su sacrificio estos dos campos. Abjura de sus heterodoxias ante los implacables pero abandona el alma en pecado mortal por el sistema de Copérnico.